

## LA PROBLEMÁTICA CLASE-IDEOLOGÍA / IDEOLOGÍA DE CLASE EN “EL TRUENO ENTRE LAS HOJAS” DE AUGUSTO ROA BASTOS

Avañe'ê oisu'u vvy rapo  
ha oipyte iñe'êrã.

RAMÓN SILVA, *Avañe'e pararã*<sup>1</sup>

Una revisión atenta al desenvolvimiento de la perspectiva sociopolítica en la obra de Roa Bastos, dejaría ver hoy a cualquier “lector medio” el acercamiento/ distanciamiento de su literatura con el programa político del marxismo y a su obra como una conjunción tan certera como fallida de la subjetividad personal con la conciencia histórica y social, la imaginación creadora con la pasión moral. Para ello sólo es necesario una simple revisión de la totalidad de la producción narrativa del escritor paraguayo, partiendo del volumen de relatos *El trueno entre las hojas*.

Sin dudas existe una larga cadena que une y separa al arte de la política revolucionaria del proletariado, cadena que no es sino la materia prima de toda producción simbólica: la “ideología”. Probablemente en la semántica política, en la sociología, en la filosofía e inclusive en la crítica literaria, una de las palabras más utilizadas es la palabra ideología. Se sabe, además, que hay dos grandes territorios acerca del significado de la palabra ideología. El significado débil de la misma la define como un conjunto de ideas y conceptos concernientes al orden político que tienen la función de guiar los comportamientos políticos colectivos. En cambio, el significado fuerte de ideología, que tiene su origen en el concepto enunciado por Karl Marx, la interpreta como “falsa conciencia de las relaciones de dominación entre las clases”; es decir, la ideología es una falsa creencia. Esto quiere decir que la ideología en su significado débil es un concepto neutro que prescinde del eventual carácter mistificante de las creencias políticas, mientras que en su significado fuerte es un concepto negativo que denota precisamente el carácter mistificante de la falsa conciencia de una creencia. Yo me valdré —intentando encontrar la síntesis dialéctica—, de ambas concepciones. Puesto que una y otra se encadenan en el uso diario de la pelea política, para nosotros, la emergencia de una ideología no representa precisamente una perversión del entendimiento o del sentir (es decir, resulta necesario desvincular el concepto de la problemática “representacionista”, ya que “la ideología no tiene nada que ver con la ilusión”), sino que señala la presencia de un problema político.

Desde que J. P. Sartre puso de moda el concepto de compromiso del intelectual”, afirma Bareiro Saguier, “se ha vertido mucha tinta para discutir de la noción que alinea al escritor en una posición ideológica que lo enfrenta a doctrinas y a gobiernos dictatoriales. Pero el concepto se ha ido desgastando a medida que se iban poniendo en evidencia algunas fallas en la posición sartriana. Tal, por ejemplo, la revelación hecha en forma pública y oficial por el XX Congreso del P. C. de la URSS de los crímenes cometidos por el estalinismo. Y la contradicción que ello representaba para la actitud pregonada por un compañero de ruta de la etapa denunciada, tal como siempre sostuvo Sartre con su acostumbrada honestidad. Ello hizo reflexionar a los escritores de América Latina, en donde el concepto de compromiso había prendido fuertemente, en las huellas de lo definido por el filósofo francés.

En realidad, el traspie no invalidaba la noción en sí, sino obligaba a los intelectuales latinoamericanos a constatar las características etnocéntricas de la definición inicial, y en consecuencia, a repensar y a redefinir el concepto. Porque la evolución histórico-política de América Latina en los 30 últimos años, ponía cada vez más en evidencia la incompatibilidad entre la doctrina y la práctica de regímenes dictatoriales -en neto crecimiento en ese lapso- y el ejercicio de la tarea del intelectual o la práctica de la escritura.

...

---

<sup>1</sup> La lengua del hombre [el idioma guaraní] / muerde la raíz de la tierra / y chupa sus futuras palabras. RAMÓN SILVA, *Ruidos de la lengua del hombre*.

De esta manera, la actitud de los regímenes dictatoriales latinoamericanos convierte a los escritores en actores directos de la historia de sus países, los «compromete» de manera inmediata con la suerte de sus pueblos, superando así la modalidad de mediadores «literarios» que tenían antes, cuando no la de meros observadores desde la altura de sus torres de marfil. Esto no quiere decir que el nivel de la escritura descienda, se vuelva panfletaria. Todo lo contrario. Al empujarles a la arena de la experiencia candente, les obliga a encarnar en su práctica textual la intensidad de lo vivido, el fuego de una lucha que ya no es sólo producto de la mediación imaginaria. Palabra y experiencia vital contribuyen a dar a la obra una dimensión renovada, para lo cual es preciso apelar a elaboraciones técnicas, a recursos expresivos inéditos. El compromiso del escritor se vuelve así compromiso con su arte, tanto más intenso porque pasa por la fragua de la vida cotidiana, en situaciones extremas, desgarradas y dolorosas (Bareiro Saguier 1990: p. 104 y s.).

En nuestra literatura esta problemática se desarrolla, a saber, en distintos planos. Uno, quizás el más importante, es la elección de una lengua, vehículo primordial de la ideología. Desde los días de la conquista y la implantación de la colonia, el Paraguay ha aparecido como un caso único y muy interesante de bilingüismo. Dos lenguas, dos culturas han coexistido y han convivido, al parecer, armoniosamente, modificándose y conformándose mutuamente. Cierta literatura patriótica y nacionalista ha visto en el bilingüismo la resultante cultural de un idílico mestizaje biológico: mezcla de razas, mezcla de culturas, mezcla de lenguas. El paraguayo, a primera vista, habría dejado de ser indio sin dejar de ser guaraní. Y en este sentido el Paraguay sería el triunfo del espíritu colonial, habiendo suprimido y superado el antagonismo de amo y esclavo, de dominante y dominado.

Más aún: «hemos llegado al extremo de que la lengua del conquistado sea la que domina», se quejaba el Gobernador Lázaro de Rivera a fines del siglo XVIII. Sin embargo, esta cándida visión del “connubio de dos razas” no puede ser aceptada sin antes ser revisada íntegramente.

... el idioma vernáculo en todos sus usos está tan consubstanciado con el modo de ser, de pensar, de vivir, de gran parte de la población paraguaya, que su supresión, si posible, podría causar una suerte de amputación de su personalidad... (Melià 1997: p. 40 y s.).

Por lo pronto, como se ve, el Paraguay representa en América el único caso de un país totalmente bilingüe, aunque mejor sería decir dilingüe, así como quiere Bartomeu Melià. “el único patrón de bilingüismo a escala nacional en el mundo” (*Op. cit.*: p. 45). Y esto quizás sea un acierto como hecho relativo, aún cuando el bilingüismo tampoco sea un concepto fácilmente definible y cuantificable. Joshua Fishman (1967) investigó la interacción entre bilingüismo y diglosia. Entre estos dos conceptos, el primero habría sido elaborado por psicólogos y el segundo por sociólogos. “Lo cierto es” —dice Fishman— “que ni los sociólogos ni los lingüistas se habían dado cuenta, durante largo tiempo, que lengua y sociedad revelan varios grados de covariación estructurada” (citado por Roa Bastos: p. 103). Fishman delimita así, claramente, las dos situaciones de bilingüismo y diglosia. “El bilingüismo es esencialmente una caracterización del comportamiento lingüístico individual, en tanto que la diglosia es una caracterización de la organización lingüística en el plano socio-cultural” (*Ibid.*: 103).

El ejemplo del Paraguay, no obstante, requiere un tratamiento más particularizado con respecto a uno de los términos de su cultura bilingüe, pues el guaraní actual debe considerarse como un dialecto de la lengua primitiva. La situación bilingüe de una lengua con escritura y de otra oral, que es la que está dada en Paraguay, es distinta a la de otros ejemplos. Sin contar los casos del bilingüismo catalán y varios otros similares en Europa donde las lenguas tienen escritura y tradición cultural, ni los ejemplos de América, donde el fenómeno del bilingüismo o plurilingüismo (Perú, Bolivia, México) no alcanzan la dimensión “a escala nacional” que reconoció Fishman en el bilingüismo paraguayo, países donde,

incluso, las lenguas autóctonas poseían ya algunos rudimentos de escritura en el momento de llegada de los españoles.

En la elección de una lengua por parte del escritor se concretiza una de las grandes paradojas de la paraguayidad: la esencia de la cultura nacional, lo que en guaraní se designa muchas veces por *ñande reko* —nuestra común manera de ser— no tiene una voz propia en el quehacer literario del país, a pesar de la alta estima de que goza el idioma guaraní como “símbolo nacional” a través de todas las clases sociales.

No sólo Roa Bastos, todos los poetas de mayor renombre del Paraguay, como por ejemplo Elvio Romero o Herib Campos Cervera —a pesar de bilingües— abrazaron casi exclusivamente el castellano como lengua literaria, una decisión que en parte se debería a un afán de no parecer provincianos y establecer el contacto con las corrientes universalistas que se establecieron definitivamente en las literaturas hispanoamericanas desde mediados de nuestro siglo.

La encrucijada en la que se encontraban se manifiesta entre otros en el nombre guaraní de Vy'a raity, que se dio el importante grupo de poetas de los años 40 [Campos Cervera, Plá, Roa Bastos y Romero] sin que hubiera seriamente pensado en el uso literario del guaraní. Con esto —siendo tal vez los únicos que habrían podido “salvar” la literatura en guaraní— los más capacitados contribuían, probablemente sin quererlo, a su estancamiento en lo folklórico y cimentaron más la “impermeabilidad” entre las dos vertientes de la cultura nacional. “Naturalmente, esta marginalidad de la literatura en guaraní es sólo una manifestación más de la dicotomía y el desequilibrio que estigmatizan al Paraguay a nivel lingüístico, cultural y social desde hace más de 400 años. Sería pedir demasiado a un puñado de poetas, que además casi no tenían lectores, remediar juntamente con el síntoma de la diglosia también sus causas múltiples y entreveradas (Lustig 1997).

Pero el hecho de la elección de una lengua, el castellano en el caso de Augusto Roa Bastos, no implica que esa problemática ideológica señalada anteriormente, sea definida en beneficio de la cultura dominante. “La forma no es sino el fondo que remonta a superficie”, dice con palabras de Víctor Hugo el mismo Roa Bastos en el prólogo a la versión corregida de *Hijo de hombre*. Esta ética de escritura y compromiso demostrada aún en su ejercicio de crítica literaria, es un trazado ideológico del que Roa no querrá desviarse. La construcción de ese *ñande reko* guaraní, más allá de la elección de la lengua dominante, se verá fortalecida por esta ética. Y en esa búsqueda “utópica” de una tierra dorada no se plasma el deseo reaccionario de reavivar un modelo de la antigüedad amenazado por el progreso sino la necesidad infructuosa de recobrar las pautas estratégicas de una identidad desfigurada. “Rehacer el mundo de los sentimientos que han sido absorbidos desde la infancia, desde el punto de vista científico, es el trabajo interior más difícil que puede haber. No todo el mundo es capaz de ello. Por eso hay tanta gente en el mundo que piensa como revolucionario y siente como filisteo”, escribió Trotsky, tratando el problema de la literatura, en el marco de una nueva subjetividad ascendente y la apropiación de la tradición de la literatura a ella. “Lo que se debe buscar en el arte es la expresión de esta nueva perspectiva espiritual, que ya empieza a formularse dentro de él y al que el arte debe ayudar a dar forma. Esta no es una orden estatal [o partidaria] sino una exigencia histórica. Su fuerza reside en el carácter objetivo de su necesidad histórica. No se puede eludirla ni escapar a su poder” (2004).

*El Trueno entre las hojas*, dando el puntapié inicial a su obra narrativa, no es sino la crónica de una insurrección derrotada. Una *Ilíada* descalza, como denomina Carlos Fuentes a toda esta narrativa surgida al calor de la nueva conflictividad social surgida con el siglo XX. En el humus de esa experiencia se edifica el cuento que da nombre al volumen, que pasa a ser además el corazón del libro y el articulador de los demás relatos que lo componen, el que le da una unidad de novela, el *apyteré*, como diríamos en guaraní. Y esta relación múltiple que se concretiza, a su vez, en la historia —la obnubilación en marcha, le gustaba decir a Roa

citando a Emile Ciorán- va dejando sus pinceladas de horror en la atmósfera cargada de electricidad, de amenaza, que se debate sobre los textos cayendo sobre las cumbres, como en los cuentos de *Los desterrados*, de Horacio Quiroga.

Desde "Los carpincheros" pasando por "La rogativa" o por "La excavación" hasta el relato que impone nombre al libro, esa es la ley fundamental. Y si la experiencia de control obrero de los trabajadores del ingenio es sofocada y derrotada, el héroe derrotado no ha sido eliminado como aún no ha sido eliminado el sujeto de la revolución. En el retorno de la cárcel de Solano Rojas, ciego y maltratado, encontramos la primer metáfora lograda del relato. La memoria colectiva se nutre de las derrotas para atravesar con las linternas bravas de la experiencia la cerrada imbricación del lecho de tinieblas dominante.

Solano Rojas vuelve e instala su rancho a orillas del río Tevikuary-mí, enfrente de las ruinas del *ogaguasú*, la sede sindical destruida por las tropas del gobierno que sofocaran la rebelión popular. Se ocupa, desde entonces, como pasero y utiliza su balsa como espacio de magisterio, de propaganda. Hace de su trabajo el lugar de referencia para la organización de sus compañeros obreros y campesinos por lo cual todos en la fabrica y en los cañaverales saben cuando una demanda proviene del *sindicato karapé*. Enseña a los niños y a los adultos los valores morales del proletariado:

No olviden kena, che ra'y- kuéra, que siempre debemos ayudarnos lo uno a lo jetro, que siempre debemos estar unido. El único hermano de verdad que tiene un pobre ko e otro pobre. Y junto todo nojetro formamos la mano, el puño humilde pero juerte de lo' trabajadore... (Roa Bastos 1991: p. 227).

La trama se impregna a cada momento de la perspectiva "atrasada" (bárbara diríamos si nos atuviéramos a la falsa dicotomía sarmientina) del hombre paraguayo; podemos asegurar que la visión del escritor no está dogmáticamente atada a una concepción unívoca del Paraguay. Al contrario, vemos constantemente una doble visión, una doble doctrina, que si bien resultan contradictorias, indican en su síntesis, las posibilidades de una praxis literaria de izquierda propia a su país. Esa doble visión —esbozada ya en el problema de la lengua—, consiste, por una parte, en su concepción mágica de la naturaleza, y por otra, en la concepción racional y científica de la sociedad, que le provee el método marxista. Desde los orígenes de su tarea literaria, Roa Bastos -que como poeta, ha escrito en guaraní- se preocupa de plantear y plantearse la dicotomía que significa la presencia conflictiva de ambas lenguas. Instalado en la situación establecida por el proceso colonial -asumida ya inconscientemente por el escritor paraguayo-, Roa Bastos escribe en español. Pero con la lucidez que le otorga la posesión, o mejor el ser poseído por la lengua autóctona, sabe que no puede escapar al universo cultural del guaraní, que es como la materia placentaria en que está inmerso el paraguayo. La tarea de integración de ambas esferas en la escritura será preocupación constante a lo largo de toda su obra; un acicate, un desafío, pero sobre todo una presencia irrenunciable, obsesiva. Es así como por los caminos de esa búsqueda intensa es posible distinguir el acento original que posee la voz de Roa Bastos, en la que se reconocen las inflexiones profundas de un habla constelada de imágenes, cercana de las cosas, como si las fuera inventando a medida que las nombra.

Como ya notamos, las peculiaridades del proceso histórico paraguayo emergen como los estigmas por una guerra de exterminio y por la destrucción casi total de sus fuerzas productivas. Esto se ve claramente desde la llegada de Simón Bonaví, el capitalista judío español que, al igual que los conquistadores, aplica el concepto de *tabula rasa* en lo que atañe a los recursos naturales, el dinero y la ley. A esto se le suma la uniformidad de las clases desposeídas. Entre los trabajadores del ingenio no hay aún una diferenciación clara entre obreros y campesinos, marca registrada de este capitalismo periférico de los países semi-coloniales. Cuando el narrador se refiere a los carpincheros lo hace con una nostalgia

propia del sujeto sojuzgado y encerrado en su disimulado cautiverio. La civilización occidental opera en el corpus social contemporáneo como el sacro experimento jesuita aunque sin las ventajas que trajo este a los indios. Con la transformación capitalista instaurada por la llegada del ingenio azucarero habrá trabajadores fabriles y destacamentos de cañeros, que transportan en carros el cañadulce hasta donde se produce el azúcar. Se les sumarán, a su vez, los carpincheros, sub-grupo social que es un híbrido entre el campesinado y las tribus originarias, que sobreviven como pueden la disgregación y muerte de su cultura, navegando los ríos en procura de su subsistencia. El fondo que remonta a superficie aquí consiste en relaciones de producción feudales al servicio de intereses capitalistas. Los distintos actores sociales subalternos inexorablemente se ubican en el gran corral de la muerte que propone y dispone el orbe capitalista, esperando turno para el ultraje por parte de los dueños y mandamases, descendientes directos de conquistadores y encomenderos.

En este camino también se va generando —a medida que la explotación va trazando en los cuerpos y mentes su mapa de expoliación— el acercamiento de la población a una conciencia de clase revolucionaria. No hay otro camino pedagógico para las masas más que el sufrimiento y la sangre. El primer líder emergente, Esteban Blanco, el mártir, venderá cara su muerte. Pero no es hasta la irrupción de Solano Rojas, donde se acciona ofensivamente contra los patrones, resolviendo por la propia acción revolucionaria este escollo que opone el atraso sociopolítico del capitalismo en el Paraguay y el alto grado de conciencia alcanzado en la insurrección por todo el pueblo que derrota a Harry Way (un personaje kitsch, ubúesco) y sus matones. Con la fuerza de su cohesión, los trabajadores del ingenio ponen a funcionar la fábrica sin necesidad de patrones y hacen volar por los aires la concepción etapista de la revolución, propia del estalinismo.

Roa Bastos propone a cada tanto una serie de subversiones de mitos fundamentales de la cultura guaraníca paraguaya. Al contrario del uso colonialista sincrético utilizado por misioneros y encomenderos en el pasado y en el presente, tiende un puente entre estos mitos y método de liberación de la humanidad, superando el precario profetismo de los epígonos del realismo socialista. Solano Rojas es, en este caso, un personaje heredero del corifeo del teatro clásico pero también de los grandes profetas de la Tierra Sin Mal; vale decir, el chamán que nos revela las características propias de ese sujeto social sojuzgado — mayoritariamente mestizo— que fue perdiendo su ser mientras se fue humanando.

Es mucho más que uno de los tantos problemas del realismo el que emerge en este volumen de cuentos. Quien mejor lo precisa, desaforado en el reproche, es el crítico paraguayo Hugo Rodríguez-Alcalá. “¿Se concibe una multitud de campesinos analfabetos, enfurecidos hasta el paroxismo por una larga y terrible tiranía, que, una vez saciada su sed de sangre y justa venganza, se ponga a trabajar ordenadamente en una fábrica a cuyos dueños, aliados del poder público, acaban de linchar? Más verosímil sería que, en el furor de la venganza, la multitud saqueara la fábrica, la prendiese fuego, y con el botín obtenido, se dispersase” (Piccini en Roa Bastos 1991: p. 20).

Lo que este estudioso crítico de la literatura paraguaya no llega a entender, ligado a una concepción ultra-mimética de la literatura, es la dimensión profética de este libro. El profetismo guaraní es un arma recurrente de la cultura paraguaya, y este volumen de cuentos, trascendiendo la historia, no es la excepción, puesto que concretiza las pautas y abre camino a quienes luchan por un Paraguay que es posible forjar mediante concepciones científicas modernas sin renunciar a las del capital de la tradición guaraníca. Un Paraguay orientado en el sentido del comunitarismo, que es la fuerza que llevará a la humanidad en su inevitable camino de ascenso hacia formas en que la realización de las virtudes humanas,

sean mucho más plenas, contra aquellos, tan iguales y distintos, que desean enajenarla de sus posibilidades, llevándola a los últimos rincones de la degradación.

“¡La tinta de los pasquines se pone agria más pronto que la leche!”, dirá más tarde el fiel de fechos del Supremo, Policarpo Patiño como *ñe'engá* o rubrica de filigrana a una realidad que puede comprobarse en el discurso de la historiografía. La resolución de la huelga con el ajusticiamiento del patrón y la derrota de su aparato represivo; la puesta en funcionamiento de la fábrica, luego de la sublevación, por obra y control de los trabajadores, levantó polémica en su momento y marcó a este relato con el estigma del “infantilismo” izquierdista. Los sectores revolucionarios del movimiento de masas paraguayo buscan en la unidad de los distintos segmentos sociales oprimidos: obreros, campesinos, pueblos originarios, etc., la herramienta política que le permita derribar todas las barreras que le impiden su felicidad. En ese sentido, podemos decir que *El trueno entre las hojas*, contradiciendo al amanuense, no agrió aún su tinta, y ese estigma propio de la literatura de compromiso, si bien lo corroe, lo salva también de sus grietas, de sus clisés, abriéndolo a un abanico mucho más amplio de lecturas. No sé si en la mezcla de léxico (*jopará*: híbrido entre español y guaraní o español paraguayo), Roa Bastos halla un salvoconducto certero para la problemática de representación de su *tekohá*, él creyó que no, pero sé que en ese primer paso, —antecedido y acompañado por *La babosa*, de Gabriel Casaccia— también la cultura paraguaya, la sociedad paraguaya, atada indisolublemente a su manera común de ser (el *ñande reko*), a sus raíces y pautas culturales que aún no pueden florecer, trazó en la ilusión de la literatura, el primer mojón de un camino firme hacia su liberación.

---

## Bibliografía

BAREIRO SAGUIER, Rubén

**1990** *De nuestras lenguas y otros discursos*. Asunción: Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción. Biblioteca de Estudios Paraguayos, Volumen 34.

ENGELS, Federico

**1973** *Obras Escogidas*, tomos 7 y 8. Moscú: Editorial Ciencias del Hombre.

LUSTIG, Wolf

**1997** “Ñande reko y modernidad: Hacia una nueva poesía en guaraní”, en Méndez-Faith, Teresa: *Poesía paraguaya de ayer y de hoy*, tomo 2. Asunción: Intercontinental.

MARX, Carlos y ENGELS, Federico

**1975** *La Ideología Alemana*. Buenos Aires: Editorial Pueblos Unidos.

MÉNDEZ-FAITH, Teresa

**1997** *Poesía paraguaya de ayer y de hoy*, 2 tomos. Asunción: Intercontinental.

MELIÀ, Bartomeu

**1997** *El guaraní conquistado y reducido*. Asunción: CEADUC.

**1997** *Una Nación Dos Culturas*. Asunción: CEPAG.

PLÁ, Josefina y PÉREZ-MARICEVICH, Francisco

**1968** "Narrativa paraguaya (Recuento de una problemática)", *Cuadernos Americanos*, Volumen CLIX, año XXVIII, nº 4, Julio-Agosto.

RIVAROLA, Milda

**1993** *Obreros, utopías & revoluciones. La formación de las clases trabajadoras en el Paraguay*. Asunción: CDE

ROA BASTOS, Augusto

**1991** *El Trueno entre las Hojas*. Prólogo de Mabel Piccini. Buenos Aires: Losada.

**1991** *Antología narrativa y poética. Documentación y estudios*. Presentación y selección de textos de Paco Tovar. Barcelona: Suplementos de Revista Anthropos, 25, Abril-Mayo.

SILVA, Ramón

**1985** *Tangará Tangará*. Asunción: Alcándara.

TROTSKY, León

**2004** *Literatura y Revolución*. Buenos Aires: Editorial Antídoto.

VALLEJO, Roque

**1967** *La literatura paraguaya como expresión de la realidad nacional*. Asunción: Editorial Don Bosco.